

Napoleón III, pensara en conquistarnos. La conquista de México por Francia hubiera podido también tener lugar si los Estados Unidos hubieran otorgado á Napoleón III su consentimiento. Nuestro Ministro de Relaciones dijo una gran verdad en su *brindis*, que fué rudamente censurado. Sin los Estados Unidos la resistencia de los republicanos habría terminado, si no ante treinta mil franceses, sí ante sesenta, cien ó trescientos mil. La vanidad de nuestros militares y la nacional no puede sostener con éxito que una nación de quinto orden como México en 1867, y *sin orden* respecto á recursos financieros, hubiese podido resistir á la primera potencia militar y financiera del mundo. La historia tiene que aceptar el brindis del Señor Mariscal, si no como una pieza *acabada ó comenzada* diplomática, sí como una verdad de salud, de hombre honrado y sobre todo de ex-Secretario de la Legación de México en Washington, cuyo puesto se prestaba á la estimación correcta del problema mexicano durante la intervención.

Los Estados Unidos estaban obligados por su historia, por sus intereses, por su presente, por su porvenir, por su orgullo, por sus intereses materiales y políticos, por sus instituciones, por sus resentimientos, por todo lo que tienen de hombres, de ciudadanos, de ambiciosos, de arrogantes, de sensatos, y de justos para su propia causa, de

exigir á Napoleón la desocupación de México. Napoleón había ocupado á México con el objeto real, evidente de hostilizar á los Estados Unidos, hasta conseguir su completa ruina; era pues necesario al decoro y pacificación completa y definitiva de los Estados Unidos, la salida de México del ejército francés. Aun cuando Juárez hubiera reconocido al Imperio y hubiera pedido á Maximiliano ir á Washington como Ministro para suplicar á Mr. Seward que permitiera la permanencia de las tropas francesas en México, nada habría conseguido. La presión irresistible é insolente de Mr. Seward para hacer salir á los franceses de México no fué un servicio á los mexicanos, sino un acto urgente fisiológico del pueblo americano que completaba la reconstitución de su poder, de su prestigio, de su dignidad.

Conocida la fisiología del pueblo norteamericano, conocido como absolutamente necesario el acto vital reconstituyente de exigir la salida de los franceses de México ó la lucha, conocido que esto debía acontecer desde el momento en que los rebeldes sudistas hubieran sido vencidos y conocido por último que lo estaban ya desde que el General Sherman ocupó á Atlanta el 2 de Septiembre de 1864, para colocarse con su admirable ejército á espaldas del General Lee y aplastarlo contra el ejército del Potomac mandado por el General Grant; ya no era posible

temer por la *independencia de México* y por consiguiente era inútil defender lo que no podía pensar ya Napoleón III en destruir. El programa del gobierno francés tuvo que cambiar radicalmente con el triunfo del Norte en los Estados Unidos, el programa mexicano de defensa debió también cambiar radicalmente. Como lo he dicho, apruebo que los estadistas y caudillos mexicanos de 1864, dijese al vulgo que la independencia de la Patria estaba gravemente comprometida, pero no apruebo que se procediera políticamente bajo la dirección de una patraña.

Desde Septiembre de 1864, tres cosas había *escandalosamente imposibles*; el establecimiento definitivo del Imperio, la conquista de México por Francia y el desmembramiento del territorio, aunque se intentase éste en la cantidad de un milímetro cuadrado. Gastar sangre y sufrimientos para impedir lo *imposible* era una falta capital, si no un crimen en el Gobierno de Juárez. Los peligros horribles é inminentes para la República eran otros.

El más grave de todos ellos era la invasión á México por un ejército oficial ó filibustero, ó voluntario norteamericano, para proteger á los mexicanos contra los franceses. De este peligro que estuvo á punto de realizarse no nos salvó Juárez; por el contrario, hizo todo lo posible porque tuviera lugar y si no lo consiguió después de haber sido firmado en su

nombre el contrato con el General Schofield, fué por la resuelta oposición de Mr. Seward. En 1865, la única amenaza seria contra la independencia de México surgía del aturdimiento infantil de Juárez, no obstante su impasibilidad *basáltica*. Mr. Seward dominó como un gigante á los estadistas republicanos de 1865, cuando dijo á Don Matías Romero: « Un ejército francés tiene que salir de México, Uds. con constancia y valor podrían obligarlo á salir en más ó menos tiempo, pero el día que un ejército americano de cualquiera clase y con cualquier motivo pise el territorio mexicano, jamás lo evacuará ». No cabe duda que Juárez tenía gran empeño en defender la independencia nacional contra la agresión francesa, pero hizo todo lo que era de rigor para que la perdiésemos con los Estados Unidos. Yo no veo *gigantesco* á Juárez en este asunto, el coloso lo apercibo en Mr. Seward, y el día que el pueblo mexicano se ilustre, concederá, si no un altar, por lo menos un salmo al leal y honrado estadista norteamericano que supo reprimir los bien intencionados esfuerzos de Juárez para perder á su patria.

Conjurado el gran peligro exterior por Mr. Seward, el único verdadero para México, era que á la retirada de los franceses tuviese segunda representación el horrible drama anárquico que caracterizó la guerra de Reforma. Si el Imperio era imposible, lo mismo sucedía con la República conservadora ó li-

beral. Nuestra historia había probado que todo gobierno mexicano tenía que emanar de la revolución ó de la casualidad de una *vicepresidencia*; el voto público no había ofrecido un solo caso de ser el generador del gobierno. La dictadura conservadora había fracasado en 1858; el porvenir para la República era la anarquía habitual, degradada, desesperante ó una dictadura liberal, potente hasta destruir el caciquismo, el pretorianismo y el jacobinismo, las tres grandes fuerzas disolventes de todos los programas patrióticos de orden, leyes y gobierno.

Un dictador no se obtiene por nombramiento, como un archivero ó desinfectador del Consejo de Salubridad, el Dictador se forma á sí mismo y casi siempre comienza bajo la forma de héroe supremo en pavorosa guerra. Lo conveniente era pues, favorecer la formación de ese héroe supremo que mantuviese la paz necesaria á los incapacitados para gobernarse á sí mismos.

No pretendo que Juárez poseyera la cultura alcanzada por los mexicanos hasta 1904, ni que hubiera sometido su conducta á inspiraciones de otros tiempos futuros de aspecto ignorado para su época. En 1865, el partido conservador creía y en consecuencia luchaba por una república conservadora, religiosa, expresión formidable de la voluntad piadosa de un pueblo selecto impregnado de necesidades espirituales y de anhelos divinos. Entre los

liberales nadie dudaba de que la democracia era tan natural, tan adecuada, tan indispensable al pueblo mexicano, que bastaba para él ajusticiar á algunos *traidores*, para deslumbrar al mundo con su libertad, poderío y opulencia. Juárez, como lo probó con su *Convocatoria*, estaba convencido de que la Constitución era un desatino, mas su fé en la democracia era la misma que en 1852 en Oaxaca. El peligro ante el criterio de los liberales de la época debió ser el aniquilamiento de la democracia por los dictadores militares, estrechos, fanáticos, hebreos, inexorables y trazados por *Macabeos ó Josués* como Miramón.

Una democracia en guerra se defiende con soldados; la guerra engendra la heroicidad y el héroe supremo vencedor fascina aun á los pueblos verdaderamente aptos para la democracia á que entreguen sus libertades como homenaje de gratitud á sus libertadores. Pero en cambio la guerra no puede hacerse con éxito ante un enemigo capaz, sin *mando inteligente*. La *unidad de mando* es fundamental en la ciencia de la guerra, pero ella da lugar á la formación del héroe que intentará establecer y continuar en la sociedad la *unidad de mando*, la centralización de todas la fuerzas públicas y privadas en su persona.

Aun cuando Juárez hubiera visto con recelo y horror la formación de un *héroe supremo* en la

guerra, como funesto para la democracia en que él creía, no tenía derecho para impedir la formación de ese héroe, aun cuando la democracia mexicana se pusiera en peligro. Valía más sacrificar la democracia é ir á la dictadura liberal, antes que dar grandes probabilidades de triunfo al partido clerical para que estableciese la dictadura hebrea. Valía más marchar hacia adelante amarrado que volver al pasado sombrío y miserable, aplastados por todo el tradicionalismo secular.

Pero Juárez probó que su repugnancia á que el ejército liberal tuviese un *jefe único* para la dirección de la guerra, como lo prescribe con absolutismo la ciencia militar, no era por interés de la democracia, sino por vivo é indomable interés personal. Si Juárez se hubiera interesado realmente por la salud de la democracia, en que con tanta fé creía, no hubiera aceptado su candidatura para Presidente en 1867.

El principio fundamental de la democracia, es la renovación periódica á corto plazo del personal del poder Ejecutivo, con objeto de evitar la generación del gobierno personal, incompatible y por consiguiente destructor de la democracia. En 1867, Juárez cumplía ocho años en el poder, alcanzaba el límite experimental é infranqueable fijado por el pueblo norteamericano para no inmolarse sus instituciones. Al pasar Juárez sobre este lí-

mite, pregonaba su desinterés completo por la existencia de la democracia que tanto alardeaba defender. La *reelección* presidencial, puede ser útil, indispensable, gloriosa, salvadora; puede serlo todo, pero nunca será democrática. Juárez aceptando su candidatura en 1867, probó que su horror, su esmero y su inquebrantable firmeza para exponer la campaña á una derrota, antes que dar lugar á la formación de un héroe supremo en las páginas de la gloria militar, reconocía por causa el temor de que ante el prestigio de ese héroe, el suyo se opacara y le fuera imposible continuar en el alto cargo de Presidente. Juárez por defensa de posición había cooperado á la destrucción del ejército de Puebla en 1863; había determinado la degradación de la defensa militar en la campaña del interior y dió lugar en 1867 á Miramón y á Márquez, á que hiciesen pedazos á los ejércitos del Centro, Norte y Occidente. Y si esto no sucedió, fué porque frente á la ambición de Juárez se halló la de Miramón. Ninguno de los dos ejércitos tuvo verdadero jefe. La *casualidad* más que el General Escobedo, fué el vencedor de Querétaro. Lo que hizo Miramón el 27 de Abril de 1867 con dos mil quinientos hombres, que fué derrotar con una violencia de catástrofe á los ejércitos liberales del Centro y Occidente, en la línea del Cimatarío; pudo hacerlo más fácilmente el 1º de Marzo en Celaya al frente de nueve

mil hombres contra Corona, y una vez reforzado con la mayor parte del personal del ejército vencido, Escobedo no hubiera podido resistirlo. En esa operación contra toda estrategia, que dió lugar á la *feliz casualidad* de que se reunieran los Generales Corona y Escobedo *sin novedad* al frente de Querétaro, se siente la falta de la *unidad de mando* anterior á la reunión de ambos generales. Juárez puso en peligro á los ejércitos del Norte, Centro y Occidente, con tal de no exponer su presidencia. La *casualidad* fué galante, correspondió á la confianza de Juárez, lo sirvió como á su soberano y dejó complacido al partido liberal. La *casualidad* merece también su *Centenario*.

*
*
*

La personificación de toda gran lucha en la humanidad, corresponde en primer lugar á los caudillos de ideas, y á falta de éstos á los caudillos de espada. Lutero y Calvino no mandaron ejércitos, ni lucharon como soldados en el gran número de guerras sangrientas á que dió lugar la revolución religiosa del siglo XVI y sin embargo personificaron la lucha, al grado de haber dado su nombre á la victoria, denominada triunfo del *luteranismo* y del *calvinismo*. A Juan Jacobo Rousseau se le reconoce como el caudillo del jacobinismo aunque la secta no

lleva su nombre. Mahoma fué un caudillo de ideas y de espada, pero Jesucristo sólo fué de ideas. San Pablo fué otro gran caudillo de ideas y distinguidos críticos reclaman para el cristianismo el nombre de *paulismo*.

Para ser caudillo de ideas es indispensable que éstas sean propias del caudillo ó ser el primero que las sostenga en su país, en el terreno del debate y de la ejecución pacífica ó revolucionaria. A nadie se le ha ocurrido llamar á Comonfort el caudillo de ideas de la democracia por haber enarbolado esa bandera, y sí se le reconoce como el caudillo de espada de la democracia porque militarmente fué el jefe vencedor de Santa Anna. El caudillo de la idea de la independencia fué el ilustre cura Don José María Morelos; el caudillo de ideas y espada de la república federal fué el General Santa Anna; el caudillo de ideas de la Reforma, aparece desde 1833, con Don Valentín Gómez Farías y el caudillo de espada de esa misma Reforma lo fué Don Santos Degollado. Juárez no fué un caudillo de ideas, porque en 1863, no eran nuevas para los mexicanos las ideas de independencia, de federación, de libertad, de Reforma, y bien sabido es que nunca tomó una espada, ni asistió como Jefe del Estado á una batalla. Si Juárez no fué caudillo de ideas ni de espada no puede corresponderle la *personificación* de la lucha contra la intervención y el Imperio, que

sólo puede tener caudillo de espada, por ser imposible que lo tuviese de ideas.

**

La política tenaz, firme, resuelta, descarada de Juárez para impedir que se formase un *héroe supremo* en 1867, es decir, para que la guerra contra la intervención y el Imperio no tuviese un caudillo único de espada que hiciera imposible por el ejercicio de la fascinación heroica en la nación, la presidencia de Juárez después del completo triunfo; tuvo un éxito completo, aunque bien triste, bien mezquino, bien calamitoso para el país; éxito lacerante para los humanitarios ideales del partido liberal; éxito de pompa fúnebre para la paz y el progreso mexicano; pues Juárez ya había acreditado su completa incapacidad dictatorial y su primera cualidad en la paz y en la guerra; en la felicidad y en el infortunio: fué *la inacción!* Ante el Imperio había sido un gran obstáculo, no el del hombre que obra como el rayo, como la luz, como la peste ó como la muerte; sino como el hombre que estorba; Juárez había sostenido la bandera de la República más bien como edificio ambulante que como luchador audaz, destructor y eminentemente peligroso. La inacción en el peligro ó en la ebullición de una tormenta cálida es sin duda una forma de heroísmo; la inacción en

el gobierno, es el cadaverismo del Estado engendrando la putrefacción social. La fórmula gubernamental de Juárez como Poder Ejecutivo había sido, soportarle todo á una Cámara insoportable por su violento jacobinismo, excepto la deposición de la Presidencia.

**

No obstante el triunfo de la política juarista para hacer imposible la formación de un *héroe supremo* en la guerra; la opinión y el ejército distinguieron marcadamente al Jefe del ejército de Oriente, prestigiado por su campaña violenta, precisa, atrevida, inflexiblemente ofensiva, sólida en su concepción é irresistible en su desenvolvimiento. El célebre asalto de la plaza de Puebla, la mejor operación militar de nuestra historia y que merecía un gran homenaje del gobierno republicano como representante de la causa liberal, recibió de Juárez silencio, desdén, resentimiento. Era una obligación del Jefe de la República felicitar á los que habían decidido su triunfo, á los que habían hecho imposible que el ejército imperialista de Querétaro recibiera auxilios poderosos; á los que habían eliminado á la *casualidad* de la dirección militar de la campaña; á los que daban el golpe sin *revancha* al ejército imperialista, sin haber recibido

de él una sola derrota, un descalabro, sin haber interrumpido sus victorias. Pero Juárez no fué imposible para disimular los estremecimientos febricitantes de su ambición y negó al ejército hasta la cortesía que se concede á un jefe de patrulla cuando impone el orden en una taberna en desorden. La historia de México no conoce la disposición de Juárez, decretando honor, recompensas, consideraciones al ejército de Oriente y á su brillante jefe.

El Señor Licenciado Justo Sierra, señala bien la actitud impolítica del gobierno de Juárez respecto del ejército de Oriente, en la siguiente forma: « El jefe más conspicuo del ejército, el que gozaba lo mismo entre las legiones del Norte, que del Occidente ó del Centro de gran simpatía é incontestable ascendiente en el antiguo ejército de Oriente, que se mantenía á sus órdenes personalmente adicto, y huraño, casi hostil al Gobierno, *que desconocía sus méritos y despreciaba sus servicios*, — hemos nombrado al General Porfirio Díaz — era el peligro, la preocupación y el obstáculo (1) »...

Don Ignacio Manuel Altamirano, escribiendo, no en momentos de lucha, sino en 1885, trece años después de la muerte de Juárez, dice: « En cambio (Juárez) más implacable en sus rencores personales que en sus odios políticos, desplegó una

(1) *México, su evolución social*, tomo II, pág. 417.

hostilidad manifiesta contra los liberales que habían apoyado la candidatura del General Díaz ó se habían presentado como opositoristas á su administración. En suma á los pocos días de haber entrado á funcionar como Presidente ya había producido numerosos descontentos en el seno mismo del partido republicano y aun entre *los pocos patriotas* que habían sido fieles á la causa de la independencia. La prensa ministerial deprimió constantemente á estos proscritos de la gracia presidencial, *empeñándose en atribuir toda la gloria de la defensa republicana al Presidente, con menzura de los méritos de los demás* (1) ».

*
*
*

Juárez hábilmente aconsejado por los hombres eminentes que componían su gabinete, consiguió destruir toda personificación militar, única que podía ser legítima en una lucha que no pudo tener más que caudillos de espada. Juárez y su partido, consistente casi todo en la burocracia, intentó más, y fué absorber en su persona, la personificación que debió tener la lucha. Este fraude á la justicia y á la historia era fácil en un país latino donde re-

(1) *Almanaque Histórico, Artístico de Manuel Caballero para 1884 y 1885*, pág. 54.